

nuestra Constitución, debe formar parte de la Instrucción Cívica.

Bien veis que el afán constante del hombre, *es buscar riqueza*, y á fe que no puede negársele la razón, porque en realidad, entra la riqueza por mucho en la felicidad de los individuos, que es la que constituye la de la patria. La *Economía Política* es la que nos enseña lo que es riqueza y los medios más fáciles de obtenerla, por lo cual *forma también esta ciencia parte de la Instrucción Cívica.*

A nosotros nos ha alcanzado el tiempo para tratar de algunas nociones de Sociología, ciencia que por todas las razones que os he expuesto, debería estudiarse también; mas como nuestro programa no lo exige, continuaremos con arreglo á él, concretándonos á estudiar *las leyes relativas á los derechos del hombre, y á la división política y administrativa de la República*, terminando con las *nociones de Economía Política que nuestro citado programa exige.*

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

PATRIA.

Patria! nota grandiosa que resuena en todo corazón en donde hay vida. Patria ¡madre mía! ¿cómo no amarte si fué tu cielo azul, transparente, el que inspiró mis cantos? ¿cómo no amar las nieblas de tus montes donde vagan las imágenes blancas de mis sueños? Patria, edén adornado con las flores preciosas del recuerdo. Urna bendita que guarda cenizas sagradas para el alma, templo que encierra los dioses tutelares, la familia. Página viva donde la mente lee; tus brisas tienen canciones misteriosas que el corazón entiende. En tus flores están escritos muchos nombres. Tus perfumes nos cuentan mil historias. Los celajes rosados de tu ocaso fingen imágenes queridas. A la brillante luz de tus estrellas se enlazan con esperanza los recuerdos. Y allí

estás tú, Señora del Anáhuac, Sultana de la América, iluminando el mundo con la esplendente diadema de la libertad que tus héroes ciñeron á tu frente. Hay entre ellos ancianos venerables que ofrecen sus cabezas en aras de tu dicha. Vírgenes sublimadas por tu amor, que por tu amor se inmolan.

Y como grupo encantador de ángeles bellos, hay un grupo de niños á tus plantas. Son niños, sí, pero en sus frentes puras se ve irradiar el fuego sagrado del sagrado sentimiento: ¡amor patrio!

.....
La humanidad, la Patria, el patriotismo.

—La reunión de hombres, mujeres y niños, es lo que se llama humanidad. Los hombres, las mujeres y los niños que habitan en un lugar de la tierra, teniendo las mismas leyes, la misma religión, el mismo idioma, idénticas costumbres, forman una nación, y esa nación es para ellos la patria. El amor á la patria no sólo parece un sentimiento natural que, cultivado por el espíritu, la educación ennoblece, sino que es como un instinto natural en el hombre. Las ondas sonoras de los mares que arrullaron nuestra cuna; las tranquilas riberas del riachuelo que miramos correr en nuestra infancia; el pedazo de cielo que despertó los primeros pensamientos de nuestra juventud, son imágenes gratas que quedan grabadas en el alma, y que ni el tiempo

ni la distancia alcanzan á borrar. Sucede con la patria lo que con los seres ausentes; parece que desde lejos los amamos más, como si la distancia sirviera para borrar sus defectos, teniendo el poder de que todas sus cualidades se aviven más en el recuerdo. Cuando mis hermanos y yo éramos chicos, había uno entre ellos que se creía con el derecho de regañarme. Mi carácter altivo se revelaba contra aquella especie de despotismo, y no pocas veces me hizo llorar de sentimiento ó de coraje. Pero un día nuestro padre dispuso que saliera á trabajar fuera de la casa, y desde ese día fué cuando yo comprendí que sus regaños habían sido justos y merecidos. Desde aquel día lo quise más. Vosotras nunca os habéis alejado de la patria; pero si un día os fuéis á vivir á Inglaterra, por ejemplo, os parecería su sol un sol de luto, os acordaríais de nuestras calientes mañanas de verano, como de una fiesta suntuosa de la naturaleza. Os chocaría que en un pueblo numeroso donde hay tantos talentos superiores, el poder resida en una sola familia. Aquellas gentes de carácter tranquilo y metódico, os parecerían estatuas moviéndose al compás de ademanes automáticos, si los comparáseis con nuestro carácter impetuoso, irascible y violento, y seguro que todos nuestros *innumerables defectos*, es decir, los *defectos de los mexicanos, que constituyen los defectos de la patria*, os

parecerían inapreciables cualidades vistos á través de la distancia. Es que, como os dije, á la patria se le ama por instinto, con el cariño que le tiene el pájaro á su nido. Por eso en todos los pueblos ha existido la aspiración de hacer grande á la patria. Sólo que la grandeza de la patria ha sido comprendida según el grado de adelanto de los pueblos. El antiguo pueblo mexicano creyó engrandecerse, lo mismo que los persas y los romanos, por medio de las conquistas. Pero el México de hoy, nuestro pueblo moderno, ha comprendido que la grandeza de la patria no consiste en la extensión de sus comarcas ni el número de sus habitantes, sino *en el número de talleres*, que es donde se elabora la felicidad de los pueblos, y en *la calidad de las escuelas*, que sirven de laboratorio á la felicidad de las familias. La solidaridad de una nación se mide por la unión de las familias que la forman. Cuando los miembros de una familia saben sentir como un solo corazón, la patria sabe defender sus intereses y sus derechos como una sola familia. Vosotras sabéis bien las ventajas que nos da la instrucción: sin embargo, no es la instrucción la que une á los hombres con lazos más estrechos. La urbanidad es una corriente simpática de atracción entre los ciudadanos; pero el lazo que une más estrechamente los corazones, es el sentimiento. Yo desearía que antes de aprender las reglas

de las ciencias, supiérais de memoria las reglas de urbanidad; pero antes de adquirir bonitos modales, yo os aconsejo que procuréis hacer acopio de buenos sentimientos. El sentimiento no es, como la instrucción, una joya artificial que se adquiere con el trabajo de la inteligencia; existe naturalmente en el corazón del hombre, como existe el diamante en las entrañas de la tierra. Como el diamante necesita pulirse para lucir su rica brillantez, necesitamos cultivar el pensamiento para ver, lo brillar como el diamante.

Las niñas que saben hacer la felicidad de la familia, harán más tarde la felicidad de la patria.

3.º *La patria, el gobierno, la escuela. La ley de instrucción obligatoria.*—La reunión de muchas familias es lo que forma la patria, que debemos considerar como una gran familia. La autoridad de cada familia está representada por los padres. Las autoridades que velan por el bien de un pueblo deben ser consideradas como los padres de la patria. Por consiguiente, los pueblos están obligados á tener para sus autoridades el mismo respeto y obediencia que los niños deben á sus padres.

Los niños tienen los padres que la naturaleza les ha dado; pero los pueblos tienen por autoridades los gobiernos que ellos quieren.

La forma de gobierno es una de las cosas

por las cuales se mide el adelanto de los pueblos. Cuando un pueblo está muy atrasado, soporta el gobierno que se le impone. Hay dos formas principales de gobierno: republicana y monárquica. En una república democrática como México, donde no hay distinción de clases, pueden subir al poder todos los ciudadanos que sobresalen por su talento, por su instrucción y por sus virtudes. Tenemos una prueba de esto en el benemérito Benito Juárez, indio de raza pura, que llenó de gloria á nuestra patria, haciendo reflejar sobre ella los hechos gloriosos con que se distinguió su gobierno.

En las monarquías, el gobierno no puede salir de la familia real; quiere decir, que el poder se va legando de padres á hijos. ¡Cuántas veces se ha visto á un pueblo grande gobernado por un rey idiota, y lo que es peor, tiranizado por un hombre perverso que ha sacrificado á su capricho numerosos ciudadanos honrados y virtuosos!

La virtud ennoblece á los hombres; pero si va unida á la ignorancia, no basta para defenderlos de los perversos, y mucho más si éstos tienen como arma la instrucción para abusar de ella en contra de la ignorancia.

Hay dos clases de monarquía: constitucional y absoluta; en la primera hay leyes para gobernar, como en la Gran Bretaña, que es una nación grande y poderosa. En la monar-

quía absoluta no hay más ley que la voluntad del soberano. Rusia y Turquía tienen un gobierno monárquico absoluto. El soberano de Rusia se llama Czar y el de Turquía Sultán.

Hay una clase de gobierno llamado *Teocracia*, en que el poder reside sólo en los sacerdotes, á quienes se les designa con el nombre de *Clero*. Algunos Estados de Italia tuvieron gobierno teocrático, reconociendo al Papa como jefe de su gobierno.

México, en los tiempos antiguos, esto es, antes de la conquista, tuvo gobierno teocrático. Al jefe, ó Gran Sacerdote, le daban el nombre de Huitzilopochtli, que era también el nombre de uno de sus dioses. Después cambiaron los mexicanos la forma de gobierno Teocrática por la Monárquica. Cuando los españoles vinieron, encontraron gobernando á México, como emperador, á Moctezuma. Y por cierto que nuestro pobre emperador se mostró muy cobarde. ¿Sabéis cuál fué la causa de su cobardía? pues nada más que su ignorancia. La gente ignorante es supersticiosa, y la superstición hizo que Moctezuma creyera en los Oráculos. Los Oráculos habían dicho que del Oriente vendrían unos hombres blancos y barbudos, y que á ellos les estaba reservado por los dioses el derecho de gobernar en México. Moctezuma creyó á pie juntillas que los Oráculos tenían que cumplirse

á pesar de todo, y esto le quitó el aliento para combatir y lo hizo entregarse cobardemente á los españoles.

Cuando en las luchas se pierde la fe, bien podemos decir que se ha perdido todo. Cuando seais grandes, veréis que la vida es una constante lucha; pero en ella debemos combatir siempre con fe. El desaliento es propio de las almas pequeñas. Yo conozco gentes que, víctimas de su desaliento, parecen unos muertos que pasan por el mundo sin dejar ninguna utilidad. Algunos hay que para disculpar su inercia, dicen que creen en el Destino. *Que sucede lo que ha de suceder, y que es inútil hacer esfuerzos para evitar que se cumplan los decretos del Destino.* Debemos creer, por el contrario, que *Dios nos ha dado á todos elementos de felicidad y de progreso*, y si no los empleamos, la culpa es sólo nuestra. Pueden dos niñas tener igual inteligencia; pero si la una concurre á la escuela durante diez años, sin estudiar nunca, sin poner atención á las clases, es seguro que no dejará de ser ignorante, y esa ignorancia puede llegar á ser la causa de su desgracia. Y si la otra niña pone toda su voluntad en utilizar su memoria y su entendimiento, es natural que llegue á adquirir una instrucción que le sirva como elemento de felicidad ó de bienestar en la vida.

A propósito de escuela, ¿creeis que los gobiernos tienen obligación de fundar y sostener

escuelas? Indudablemente sí, supuesto que á los gobiernos está encomendada la felicidad de los pueblos, y el primer elemento de ésta es la instrucción. ¿Y creeis que *ese deber pueda constituirse en un derecho, declarando la instrucción obligatoria?* ¿No creeis que es una tiranía del gobierno obligar á los padres á que manden á sus hijos á la escuela? Si los padres no cumplen con el deber de instruir á sus hijos, los gobiernos deben obligarlos á cumplirlo. *Un padre que no sabe llenar sus deberes, es semejante á un niño, á quien debe obligarse á que haga por la fuerza lo que debía hacer voluntaria y espontáneamente;* por lo tanto, debemos alegrarnos de que *en nuestro país la instrucción sea obligatoria.* ¿Y habéis reflexionado en la gran cantidad de dinero que se necesita para sostener las escuelas? ¿De qué manera pueden los ciudadanos ayudar al gobierno en esa gran obra de la instrucción? Uno de los medios más directos es *pagar religiosamente las contribuciones.* ¿Y alguna vez no os habéis detenido á pensar en *el gran sacrificio que hacen vuestras madres, prescindiendo de la ayuda que podríais prestarles en las faenas domésticas, para que os paseeis todo el día en la escuela?*

Yo sé de una pobre madre que tiene seis hijos, todos chicos, y prefiere ella sola hacer todos los trabajos de la casa y velar cosiendo la ropa de sus hijos, con tal de que la hija

mayor *venga á la escuela*. ¡Oh! si esa niña viniera á holgazanear y á perder aquí su tiempo, mientras su madre trabaja tanto, sería una *verdadera culpable*. Pero no, yo conozco á esa niña y sé que el pensamiento de su madre no se separa de ella, por eso trabaja con un empeño tan constante. Esa niña tiene un amor grande á su familia, especialmente á su madre, y tiene también una gran fuerza de voluntad con la que ayudará á su familia á salir de la miseria en que vive. Ella trabajará tanto que conseguirá con su trabajo el bienestar para ella y para su familia. Ella *dará buen ejemplo á sus hermanos, y éstos llegarán á ser ciudadanos que den honra y gloria á la patria*.

¡Benditos sean los gobiernos que velan con empeño por el sostén y el mejoramiento de las escuelas! ¡Benditos sean los padres que se sacrifican con tal de que sus hijos se hagan instruidos! Esos hijos tendrán gratitud para sus padres y reconocimiento para sus gobiernos, y ellos llevarán *el bienestar á la familia y la felicidad á la patria*.

La instrucción cívica. La Patria. El patriotismo.—La instrucción cívica tiene por objeto desarrollar el amor á la patria. El amor patrio ó *patriotismo* nos inspira el deseo de hacer feliz á la patria. Decimos que en un pueblo reina la felicidad cuando sus habitantes son felices y podemos serlo cuando estamos en po-

sibilidad de satisfacer nuestras necesidades. Para que el hombre pueda satisfacer sus necesidades, es preciso que tenga desarrolladas sus facultades, y este es el fin que la escuela se propone. Pero aunque un hombre sea fuerte, sabio y bueno, no puede bastarse á sí mismo. El hombre más grande se nulificaría si quedara abandonado á sí mismo, y el más insignificante puede llevar á cabo grandes obras, si para ello cuenta con el auxilio de sus semejantes.

Colón no habría podido descubrir el mundo, sin el auxilio de los bravos marinos que lo acompañaron. Hidalgo no habría podido iniciar la grandiosa idea de la independencia, sin contar con el puñado de valientes que lo siguieron. Tampoco una familia aislada podría encontrar las comodidades que ofrece la asociación de varias familias, y todas las que viven al amparo de las mismas leyes forman la patria, que es como una gran familia. En un pueblo pequeño puede saberse el grado de parentesco con que por lo común están unidas todas las familias: en una población grande no podemos saber si son todos parientes; pero si nos remontáramos al más antiguo origen, veríamos que todos tienen la misma sangre; lo cierto es que cada nacionalidad tiene rasgos fisonómicos por los cuales fácilmente se le reconoce. Entre una reunión de extranjeros, vosotras podríais distinguir sin

dificultad al español, al inglés, al francés, al chino. Y si á cada uno le preguntáis qué piensa respecto á su nación, de seguro os dirá que su patria es lo mejor del mundo. El español dirá que su nación es bella, heroica y grande, que aquella es la tierra del hogar y de la dicha. El inglés os hablará con orgullo de sus posesiones, de su infatigable actividad, de su rectitud de carácter y de sus sabias leyes. El francés dirá que de su patria ha surgido la luz del progreso que ilumina el mundo; que fué de la Francia de donde repercutido por las olas del Atlántico y las crestas de los Andes, llega hasta México el grito augusto de *Libertad*. Hasta el chino á quien vosotras compadeceís, encontrará en lo que es para vosotras motivo de lástima, causa de satisfacción, y os dirá con orgullo que el Imperio Celeste es el más populoso del mundo, que su Gobierno ha sabido impedir la invasión de extrañas costumbres y conservar ile-sas su religión, sus usos y sus leyes. Y vosotras los mexicanos ¿qué diréis entretanto? Ya os veo sonreír satisfechos; y mostrando el limpio azul de nuestro claro cielo, las arrogantes cumbres de nuestras montañas y las en-crespadas olas de nuestros anchos mares, decir con noble orgullo: “¡Ved aquí á nuestra cara patria! Aquí donde los vientos helados de los polos nunca llegan á enmudecer la sonora canción de nuestros mares; donde el cá-

lido viento del desierto no viene á marchitar nuestras palmeras; aquí donde las blancas perlas del océano vienen silenciosas á besar la playa coronada de altivos cocoteros; aquí donde los auríferos filones sirven de lecho á las camelias y á las azucenas; aquí donde una alfombra de gardenias blancas se matiza con las pintadas alas de los colibríes y de las mariposas; aquí bajo la sombra de frondosos ahuehuetes y melancólicos sauces, custodiados por el blanco Ixtlazihuatl y el plateado Popocatepetl, y dulcemente arrullados por el suave murmullo de los ríos que van rodando entre las verdes frondas, aquí duermen tranquilos el sueño de los muertos nuestros héroes.”

Cuando allá en Europa el *Huno* errante y el Vándalo salvaje, hacían alarde de latrocinio y de matanza, la gran Tenoxchitlan, Sultana de la América, ostentaba sus ingeniosas *chinampas* y sus magníficos *Teócallis*. Un gobierno bien establecido, leyes sabias é importantes, conocimientos científicos, eran el patrimonio de un pueblo laborioso y activo que había sabido ensanchar sus dominios por medio de la conquista.

La historia os ha dicho bastante de las vicisitudes por que la patria ha ido atravesando.

Ya dueña y señora de sí misma, ya esclava humillada y abatida, ya ensangrentada é in-

vadida y despedazada por huestes extranjeras, pero siempre digna, siempre grande.

Hoy rica, satisfecha y feliz, no envidia nada á las naciones europeas, pues ha sabido colocarse á la altura de las más cultas.

El impulso que nuestro gobierno ha sabido imprimir á la agricultura, al comercio, á la industria, y sobre todo á la instrucción, habla muy alto en honor del progreso nacional.

MEXICO.

Hubo un pueblo peregrino
Como el pueblo de Israel,
Que á su religión fiel,
Y por mandato divino,
Arido y largo camino
Recorrió con firme empeño,
Para realizar el sueño
Que mente creadora abarca:
Ser de preciosa comarca
El solo y único dueño.

Un cetro de débil caña
Empuñó su primer rey;
Mas supo darse tal maña
La pequeña y débil grey,
Que pronto impuso su ley
A los pueblos comarcanos,
Llegando, países lejanos
A conquistar en sus guerras,

A ser de valiosas tierras
Los únicos soberanos.

México, la patria mía,
Señora de un continente,
Alzaba altiva la frente
Llena de noble hidalguía,
Mas quiso la suerte impía
Que una Nación extranjera
Implantara su bandera
Sobre la indiana región,
Desgarrando el pabellón
De nuestra águila altanera.

Es cierto, sí; hubo un instante
En que el león castellano,
Hincó sobre el mexicano
Su garra cruel y punzante;
Pero el águila triunfante
Sacudiendo su plumaje,
Supo vengar el ultraje
Que á México se le hiciera,
Probando, que no hay bandera
Que ante el derecho no baje.

Y cada azteca valiente
Defendiendo su derecho,
Lleva un baluarte en el pecho
Y una aureola en la frente;
Es león independiente
Que con pujante ansiedad,
Sacudiendo su melena,
Rompe la dura cadena
Y cobra su libertad.
¡Y cómo no! Patria mía,

Cómo no triunfar señora
 Cuando tu cielo colora
 Sangre de noble hidalguía:
 ¡Cuánta pujanza bravía
 Cuahutemoc, Hidalgo, Juárez!
 Benditos los patrios lares,
 Cuna de Aldama y de Bravo;
 No alienta, patria, un esclavo
 Tierra que bañan tus mares.

México, tu frente brilla
 Con el fulgor de la gloria,
 Que si hay dolor en tu historia,
 No es el dolor que mancilla:
 Tu sufrimiento no humilla,
 Pues de tu propio dolor
 Supiste sacar valor
 Para luchar con la suerte;
 Supiste arrostrar la muerte
 Para conservar tu honor.

Libre y dichosa cual eres
 Oh Patria! siempre has de ser,
 Pues sola te haces valer
 Tan solo porque lo quieres;
 Los niños, aun las mujeres,
 Inspirados por tu amor,
 Han probado en tu loor
 Ante el Yankee y el Hispano,
 Que es propio del mexicano
 Del heroismo, el valor.

Y cuando el gran Napoleón
 Creyó con necia arrogancia
 Que se humillara ante Francia

Toda la azteza nación,
 Halló en cada corazón
 Del mexicano arrogante,
 Una muralla gigante
 Y una arma tan poderosa,
 Que ante la Francia orgullosa
 Se alzó México triunfante.

En la altiva cordillera
 Que nos sirve de muralla
 Va á embotarse la metralla
 De toda hueste extranjera;
 Custodian nuestra ribera
 Los manes de Hidalgo y Juárez,
 Y cual dioses tutelares
 Son los Negrete y los Díaz,
 Que con sus huestes bravías
 Defienden los patrios lares.

Sexos y edades unidas,
 Tu amor fundiendo en un pecho,
 Para salvar tu derecho
 Dieran ¡oh Patria! mil vidas.
 En tus Escuelas queridas
 Donde se te enseña á amar,
 No dejan de protestar
 Que unida por santos lazos
 La juventud en sus brazos
 Guardará tu libertad.